
EL LIBRO «NENÚFARES» DE ALFONSO CABELLO

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Cuando comienzo a prologar este libro de poemas de Alfonso Cabello Jiménez, me encuentro atenazado entre la responsabilidad -hija de mi ignorancia- y una irrefrenable ilusión. Responsabilidad, porque no resulta baladí el hecho de que yo, un médico, amante de la poesía, eso sí, ose dar mi pobre opinión sobre la producción poética de un autor ya avezado, como lo demuestra su larga lista de libros publicados... También ilusión, tal vez por la novedad, que, para mí, este aceptado quehacer significa.

En un primer instante, pensé en tomar como tema de mi prólogo -quizá por deformación profesional- cuestiones de corte médico-filosófico, que se destilan en muchos de sus versos. Seguramente, incluido por el año de Averroes que discurría, se me ocurrió trazar un paralelismo entre el comentador, en su afán de conciliar filosofía y teología, razón y fe, con la eterna preocupación de Alfonso sobre el amor y la muerte, términos aparentemente dispares allá en los entresijos del alma, pero que se conjugan y quintaesencian en el mero concepto de la vida misma...

Otra opción que valoré fue la de apoyarme en las frecuentes alusiones a aspectos médicos que salpican su obra, destacando los puramente anatómicos: corazón, entrañas, huesos... y venas.. Sobre todo, venas...

Resulta curioso el papel preponderante que el autor da a estos vasos, de indudable valor en nuestro organismo, pero, podíamos decir, pasivos, en comparación con las arterias, tanto en la mecánica de conducción de la sangre, como en la calidad de la propia sangre que portan. Alfonso Cabello, en su concepto -los poetas tienen licencia para mentir, decía Plinio el Joven, inconscientemente supongo-, refleja un acendrado galenismo cuando da a las venas ese especial carácter de canalizadoras de sus sentimientos; como punto de apoyo de sus percepciones; como depositarias de sus vivencias tristes o amorosas.

Hasta en 17 poemas -y en uno, por partida doble- aparecen las venas, por las que corren, en sus alegrías, flechas de fuego, el sabor de un beso, simplemente

armonía, e incluso, enjambres de mariposas y el acorde de las olas; y soledad o relámpagos de escarcha, cuando siente el pesar o la congoja...; venas que sienten la ingravidez o la alegría del ser amado; venas que contienen, unas veces ternura, frescor, noches de gloria y fantasía u olor de rosas cautivas y otras, simplemente un sideral vacío...; venas, que en el paroxismo de su vivificación amorosa incluso llegan a palpitar: "...y un frescor de esperanza/ en mis venas palpita..."

Al fin, decidí ser, al menos por esta vez, menos médico que poeta, ya que el mismo título de la obra *Nenúfares* me sugería un torbellino de ideas, que intenté canalizar con la mejor de mis intenciones.

El nenúfar, o ninfa, o lirio del agua, o rosa de Venus, que todas estas sinonimias comprenden, es una planta acuática bien conocida, cuyas flores, blancas o amarillas, se abren a finales de primavera y principio del verano, flotando entre sus hojas desmayadas, en los estanques y aguas de curso lento. Desde la más remota antigüedad se utilizaron como remedio curativo en ciertas afecciones cardíacas y también... en las penas de amor. En tanto que el nenúfar blanco ha sido llamado "destructor de placeres" por su efecto de "cortar el amor", el uso del amarillo fue, justamente, para lo contrario por su efecto afrodisiaco.

Pero es que los nenúfares también se llaman ninfas... y en la lectura de los 75 poemas de que consta el libro, he creído encontrar toda la cohorte de las cincuenta Nereidas. Y muchas de las tres mil Oceánidas que pueblan los mares. Y Driadas de los bosques. Y Oreadas de las montañas. Y Náyades de fuentes y de ríos. Y Auras...

Nenúfares y ninfas; flores y diosas jóvenes y bellas. Blancas o amarillas, las primeras; desgraciadas o felices, las otras... Alegría y tristeza, amor y desamor, ilusión y esperanza..., el eterno palpito de la vida misma, que es lo que existe en la propia entraña de la nueva obra de Alfonso Cabello.

La primera parte, dedicada a *Gelina*, como es tónica general en todos sus libros (¿quién será esta Gelina, cuyo nombre parece denotar frialdad y que, sin embargo, tanto enardece a nuestro poeta?), es un continuo y permanente canto al amor. Diríase que semeja un reposado y placentero estanque, rodeado de verdor, acariciado por los rayos del sol, en el que lucen un sin fin de amarillos nenúfares... Y para completar el cuadro, entre los árboles que entornan el lago de ensueño, podemos contemplar, jóvenes y bellas, a las ninfas tejiendo guirnaldas de flores... Hay poemas, que sugieren la presencia de muchas de ellas. Y así, en "Junto al camino", "... el roble torcido y centenario..." nos recuerda a las Hamandriadas; y los sauces a la gentil Lampetia; y el álamo, a la bella Leuce, en tanto que las Auras soplan "...una brisa silente del ocaso...". Y en "Radiante bajo el sol", "...una nereida se rinde enamorada..." (¿tal vez Aretusa, la compañera de Diana?). "Revelación" nos habla de "... una fuente de linfa cristalina/ que reflejaba, trémula, el paisaje..." y se nos antoja ver a las Náyades en derredor de Castalia, aquella fuente de las faldas del Parnaso, cuyas aguas inspiraban el númen de los poetas... Y los versos de "¿Te acuerdas?", "... cuando las olas en sus crestas de espuma/ me traían tu aliento...", nos sugieren a Toe, la ninfa que dirige los movimientos del mar... Y en "Paz de mi sueño", nos parece ver a Anfitrite cabalgando en su delfín,

cuando declama: "...La nereida que me embruja/ con su mirada cautiva.." Y, por fin, en "Como la diosa Venus", al describir su nacimiento de entre las olas, cuando dice "...te sostienen las ninfas/ en tu concha de plata...", soñamos con Liriope, la madre del desventurado Narciso y con Clitia, la del heliotropo y con Daria, la amante de Neptuno...

Ninfas y nenúfares amarillos motean los versos a Gelina en una rendida ofrenda de amor, cuya manifestación más utilizada por el poeta, es el beso, que, unas veces, describe con frases bellas y ajustadas: "...puso néctar de amor sobre mis labios..." ("Néctar de amor"); "... cuando tus labios me queman..." ("Cuando te miro"); "...embriégame de néctar/ en la flor de tus labios..." ("Flor de tus labios"); "... para beber instantes de tu vida/ en la sagrada fuente de tu boca..." ("Hoy quiero que me beses"); y otras, lo trasciende hasta la poesía ("... que era el momento/ de escribir un poema/ dentro de un beso...", "Flechas de fuego") y hasta la mismísima divinidad ("...que Dios puede, en un beso, revelarse...", "Revelación").

Como contrapunto a sus alegres poemas a Gelina, en *Penas de amor* el recreado estanque no brilla...; más que de aguas transparentes, es un profundo piélago de color plomo...; el entorno, lejos de ofrecer el verdor lujurioso de una vegetación pródiga, es un paisaje mustio, donde la sequedad proclama la inclemencia... Y los nenúfares que motean la superficie de las cenagosas aguas, son blancos...; blancos de desamor...; blancos de frustración y tristeza... Y así, sus poemas nos hablan de ingratitud, de soledad, de promesas rotas, de indiferencia, de sufrimiento, de angustia. En "Las ninfas también lloran" parecen retratarse aquellas jóvenes diosas que sufrieron penas de amor, como Calipso, tras la marcha de Ulises; o Enoe y su amor imposible con París; o Salmacis, despreciada por Hermafrodito; o Eco, igualmente rechazada por el bello Narciso...

En *Infortunios y Penumbras*, no hay nenúfares, ni ninfas, ni lago, ni árboles...; sólo desolación. Si tuviéramos que improvisar un paisaje, no podría ser otro que el yermo, donde el viento sopla desacorde y si hay agua, no es más que la de la lluvia, que descarga con lágrimas de rabia...

En algunos de los poemas de estos bloques, late la desesperanza. Dice en "Mi barca": "...Ya tiene la quilla rota/ la vela, el timón./ Naufraga./ Se va hundiendo lentamente./ ¿Qué pena me da mi barca!...". Y el mismo sentimiento se desprende en "El grito del viento" y "Esperanza rota".

Otras veces, busca incesantemente: "...Busco por el horizonte/ el destino de mis sueños..." ("Busco") y, muchas veces, sólo se refugia en ellos: "...si he sufrido dolor de indiferencia,/ me refugio en mis sueños..." ("Me refugio en mis sueños") o "...soñar, soñar, es sólo lo que queda/ cuando ya no me queda casi nada/ en esta vida de llanto y opereta..." ("Alma de cristal").

Incluso, se pregunta la razón de su nacimiento: "...Yo no sé por qué ha nacido/ para después no ser nada..." ("No soy nada"), e, incluso, reniega de su venida al mundo: "...Si he venido a morir ¿por qué he nacido?/... Yo no quise nacer y, sin embargo,/ me tengo que pudrir bajo la tierra..." ("Yo no quise nacer").

La muerte late en los poemas de Alfonso Cabello de una forma, tan patente y diáfana como el amor. Poeta de amor y muerte, sería para mí su definición justa...

En sus versos, la tiene siempre presente: "...Vivir es caminar por un sendero,/ entre llantos y risas de locura,/ hacia la eterna y triste madrugada..." ("Mirando atrás"); la intuye continuamente: "...¿Maldita espera!/ La resignación, el miedo/ y el hombre meditabundo/ sin comprender el misterio..." ("La espera"); le perturba su proximidad: "...Ese tictac me dice cada instante/ que el tiempo, velozmente, se termina..." ("El reloj"); se da cuenta de su realidad inexorable: "...El nacer me convierte en un proscrito./ Llanto de soledad. Materia inerte,/ morando eternamente entre los muertos..." ("Mi barquilla"); y, por fin, confiesa, impotente, su temor: "...Sé que el sendero se acaba/ y eso sí que me da miedo..." ("Eso sí que me da miedo").

En *Ternura*, cabe destacar el poema "Corazón de luna", dedicado a su nieta Laura, a la que llama "nenúfar cautivo" y la compara con el "...suspiro de una rosa/ con pétalos de esperanza...". Y en *Recuerdos*, siempre está presente su pueblo "...un relicario de plata/ que tengo dentro del alma..." ("Mi pueblo"); y en "Recuerdos juveniles", que es un canto al Montalbán de sus primeros años, se desliza la preocupación social, tan constante en otros de sus libros, cuando recuerda que las "...cuadrillas de segadores/ están segando sus penas/ pero la hoz nunca corta,/ para siempre las miserias...".

En el último bloque de poemas, *Percepciones*, vuelven a aparecer los nenúfares amarillos y, con ellos, las ninfas retornan al paisaje...Son, casi todas, Oceánidas y Nereidas que alegran los temas marinos, que Alfonso Cabello, curiosamente, hombre de tierra adentro, trata en muchos poemas de este apartado. En "Vente conmigo al mar" nos parece ver a las Cícladas "...en arrecifes de espuma / entre la luz y el silencio..."; y a Tetis, vuelta a los mares tras concebir a Aquiles: Tú, nereida de los mares/ yo, capitán de un velero./ Vente conmigo a la mar, / niña de los ojos negros...". Y en "Sobre el mar", "...quisiera ser silencio entre las olas / en esa infinitud de soledades...", en compañía de Calicé y Oritia, en tanto que, "...está cantando la luna / en los confines del viento / y en el fondo de los mares / las olas se están durmiendo...".

En "Brisa marina", en la misma orilla, observado sigilosamente por Beroe y Perse, se solaza en "...la mar sola y misteriosa / la madrugada, el silencio / y la luna entre las olas..." Y, tal vez, buscando a Galetea, inmersa en el océano tras su huida de Polifemo, en "Si vas al mar", dice querer "...ocultarme entre las olas / y alejarme de la tierra...".

Alfonso también atisba los "Secretos del mar", e imagina el fabuloso palacio submarino del viejo Nereo, cuando afirma: "...que todas las Nereidas / son estrellas fugaces, / que buscan su morada / en el fondo del mar...".

Y en la explosión de luz, aromas y colores de *Percepciones*, el poeta se acompaña de las Náyades de las fuentes y de los ríos; y así, con Dafne y Batea, en "La tarde tibia y radiante", verá como "...jilgueros y ruiseñores / entonan las melodías, / mientras se rompe la fuente / en sorpresas cristalinas..."; y con Nicea y Criteis, la madre del gran Homero, se extasiará en un paradisiaco paisaje, donde "Agua cristalina / murmura el riachuelo, / efluvios de jara, / tomillo y espliego..." ("Todo es un misterio").

Ya cae la tarde...; duermen los nenúfares y las ninfas descansan cuando cierro, por fin, el libro...; pero con la nueva aurora, volverán al ritmo cotidiano de amor y de muerte; de alegrías y pesares; de esperanzas y desengaños...; volverá la vida misma en el próximo poemario de Alfonso Cabello Jiménez.